LAS CUALIDADES —'VIRTUDES HUMANAS'— DE LOS DIRECTORES DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS

MANUEL GUERRA GÓMEZ

De acuerdo con el esquema escolástico, antes de responder al *quomodo sit* cualquier realidad cósica, personal o institucional, hay que tratar del *utrum sit*, de su existencia, sobre todo si alguien ha dudado de la misma.

1. *El sacerdocio de los directores de las primeras comunidades cristianas*

Se ha pretendido mostrar que, en la Iglesia de los primeros siglos, no había sino laicos. Incluso se ha precisado que el proceso de «sacerdotalización» de los ministros de la Iglesia terminó por cuajar en los siglos tercero y cuarto[1]. Al revés, no han faltado quienes afirmen que no siempre ha habido laicos en la Iglesia; en su sentido actual el laicado se habría fijado también en torno al a. 200[2]. Pero una cosa es la realidad —el significado de las palabras— y otra su nombre o designación —el significante—. En los primeros siglos de la Iglesia se nota, en cuanto a las designaciones, una cierta imprecisión terminológica, confusión inherente al estado embrionario de cualquier ser vivo. En el N.T. y en los PP.

1. Cfr. exposición y autores en M. GUERRA, *La «con-formación» con Jesucristo, nota específica de la espiritualidad cristiana y sus matizaciones ministeriales o sacerdotales* en *Espiritualidad del presbítero diocesano secular*. Simposio. Comisión Episcopal del Clero, Madrid 1983, 630 ss. nota 51.

2. Cfr. M. GUERRA, *El laicado masculino y femenino (en los tres primeros siglos de la Iglesia)*, Pamplona 1987; IDEM, *¿Hubo laicos en los primeros siglos de la Iglesia?* «Scripta Theologica» 19 (1987) 325-46.

Apostólicos hay, por lo menos, 20 designaciones distintas para nombrar a los directores de las primeras comunidades cristianas[3]. Ni la realidad sacerdotal, ni la existencia de los sacerdotes ministeriales cristianos, ni la de cualquier otra cosa o ser depende de que sea nombrada desde el comienzo por una designación concreta, en este caso «sacerdote» (en gr., lat. o esp.) si hay razones para no usar el término correspondiente, que con el tiempo será técnico[4]. De las designaciones conocidas sólo ἐπικαλούμενοι (1 Cor 1,2) alude de modo directo al ministerio cúltico-sacerdotal seguramente porque S. Pablo habla sólo dos veces de la Eucaristía en todas sus cartas y las dos precisamente en su primera carta a los cristianos corintios[5].

Razones de tema y espacio me obligan a apuntar —aparte de su existencia— sus rasgos definitorios:

a) Los directores de las iglesias locales son designados siempre en plural[6].

b) Integran un colegio encargado del gobierno de las primeras comunidades cristianas, pues se dan los elementos constitutivos de la colegialidad, a saber, pluralidad de miembros, identidad de potestad y actuación corporativa[7].

c) La ausencia de datos no permite determinar el grado jerárquico de los miembros de este colegio director de las primeras comunidades cristianas, bajo la autoridad «monárquica» de un Apóstol o la delegada de uno de sus discípulos (Timoteo en Éfeso, Tito en Creta, etc.), aunque parecen identificarse con los presbíteros.

---

3. Cfr. sus nombres y citas en M. GUERRA, *Epíscopos y presbíteros*, Burgos 1962, 322 ss.; IDEM, *Ministros de los directores locales y supralocales de las comunidades cristianas según el N. Testamento y los PP. Apostólicos*, «Teología del Sacerdocio (= TS)» 11 (1979) 9-86.

4. Cfr. los motivos en M. GUERRA, *¿Hubo laicos... 330*; IDEM, *El sacerdocio y el ministro de la Eucaristía en las primeras comunidades cristianas*, TS 9 (1977) 65-97.

5. Cfr. M. GUERRA, *Los «epikaloúmenoi» de 1 Cor 1,2, directores y sacerdotes de la comunidad cristiana en Corinto*, «Scripta Theologica» 17 (1985) 11-72.

6. Cfr. las citas en los estudios citados en la nota 3.

7. Cfr. M. GUERRA, *La colegialidad en la constitución jerárquica y en el gobierno de las primeras comunidades cristianas* en AA.VV. *El colegio episcopal, I*, Madrid 1964, 145-220; IDEM, *«In solidum» o «colegialmente» (De unit. Eccl 4). La colegialidad episcopal y el Primado romano según S. Cipriano* (a.248-58) *y los Papas de su tiempo*, «Annales Theologici» 3 (1989) 219-85.

2. *Las cualidades requeridas para su elección y para el desempeño de su ministerio*

2.1. *Su catálogo y enumeración*

He aquí las cualidades exigidas a los aspirantes a ocupar un puesto en el colegio director de cada comunidad cristiana local[8] y las que se les atribuye en el ejercicio de su ministerio[9] en el N.T. y en los PP. Apostólicos, o sea, hasta mediados del s. II. Ya he confrontado en otro estudio las dos listas de las cartas pastorales. Reproducen el mismo esquema, pues coinciden —en su designación o, al menos, en su significado— las cualidades requeridas[10]. Las enuncio ahora traducidas y resumidas en siete, un número de valor simbólico y plenitud en la antigüedad. Prescindo de la nombrada en primer lugar, i.e. la «irreprochabilidad, irreprensibilidad[11]». Más que una cualidad es como el resultado de todas las enunciadas a continuación, la aureola de la persona que las vive o practica con esmero. He aquí los rayos constitutivos de la aureola sacerdotal.

1. La «continencia» en sus múltiples manifestaciones[12].

---

8. 1 Tim 3,1-7; Tit 1,6-9; *Did* 15,1, etc.
9. 1 Clem 44.3-4; POLYC *Phil* 6.1, etc.
10. Cfr. M. GUERRA, *Epíscopos y presbíteros...* 315 ss.
11. ἀνεπίληπτος (1 Tim 3,2), ἀνέπγκληπτος (Tit 1, 6 y 7).
12. σώφρων (1 Tim 3,2; Tit 1,8), lat. *continentia, continens*, o sea, «el que tiene, se contiene» dentro de sus límites, el dueño de sí y de sus pasiones, el moderado, el prudente. Este sentido general se concreta de manera especial en la lucha ascética en materia de castidad (otro significado de las palabras consignadas), pero aquí es expresada por ἐγκρατής (etimológicamente «continente») (Tit 1,8; POLYC *Phil* 11,1). El «encratismo» es un «espíritu, un clima», vigente en los primeros siglos cristianos, que se manifestaba en las tres vertientes clásicas, a saber, abstinencia de carne, del vino y de la relación sexual (cfr. M. GUERRA, *La soltería cristiana (Los laicos solteros, célibes en medio del mundo, en los tres primeros siglos)*, cap. V y XVII, 5.3.2, de próxima publicación). Desde el comienzo se tendió a la universalización de la vida célibe de los ministros de la Iglesia. Tertuliano atestigua, por vez primera, que se tenía en cuenta «la continencia» en su forma de «virginidad» a la hora de adscribir a alguien al clero»: «¡Cuántos... han sido censados en las órdenes clericales a causa de su continencia!» (*Exhort. cast.* 13,4 CCL 2,1035; cfr. su análisis en M. GUERRA, *La soltería...* cap III). «No πάροινος» (1 Tim 3,3; Tit 1,7), νηφάλιος (1 Tim 3,2, en general «sobrio») —colocado entre «esposo de una sola mujer (no casado por segunda vez)» y *sóphron* (1 Tim 3,2)— alude a la «temperancia en la bebida-comida, a la abstinencia de vino»; κόσμιος (1 Tim 3,2)

2. Pacífico y pacificador[13].
3. El desprendimiento o espíritu de pobreza[14].
4. Acogedor, hospitalario[15].
5. Con dotes de gobierno y padre[16].
6. Capacitado para la evangelización[17].

---

de donde «cosmético»), Vgt. *ornatus*, «ordenado, adornado» se refiere a la «corrección, al orden-equilibrio interior así como a la apariencia y presentación externa, incluso en la indumentaria y acicalamiento personal.

13. ἐπιεικής (1 Tim 3,3; *Did* 15,1 Sc 248,192) «conciliador, pacífico, pacificador, comprensivo», cualidad que suele figurar unida con πραΰτης, «mansedumbre, dulzura» (Tit 3,2; 2 Cor 10,1). En su formulación negativa: «no πλήκτης (trans. *pléktes*)» (1 Tim 3,2; Tit 1,7), o sea, no iracundo ni de mal genio o carácter, capaz de maltratar y golpear; «no irascible, colérico (ὀργίλος» y ἄμαχος = no guerrero ni dispuesto a enzarzarse en discusiones, perturbadoras de la paz, aunque sin llegar a las manos (*pléktes*) (1 Tim 3,3), ni «autosuficiente, arrogante (αὐθάδης)» (Tit 1,7) o, según su etimología, «el tan complacido de sí mismo» que prescinde de los demás con mirada de olímpico desprecio.

14. No se puede ser buen director sin el desprendimiento —pobreza afectiva— y, en gran medida, efectiva, o sea, el que no es ἀφιλάργυρος = «no amigo (apegado a) de la plata» o dinero (1 Tim 3,3; *Did* 15,1; POLYC *Phil* 6,1; también 1 *Clem* 44,3 SC 167,172) ni αἰσχροκερδής = «avaro» (Tit 1,7; 1 Petr 5,2; POLYC *Phil* 11,1).

15. φιλάφαθος, «bondadoso, bienhechor, profundamente bueno» (Tit 1,7); φιλόξενος (1 Tim 3,2; Tit 1,7; HERMAS *Simil* 9,27,2 SC 53 bis, 346) = «hospitalario, acogedor». Sobre la hospitalidad, la *tessera hospitalitatis*, etc., cfr. M. GUERRA, *El obispo de Roma y la «regula fidei» en los tres primeros siglos*, «Burguense» 30 (1989) 370ss., 425ss.

16. Los directores se hallan al frente de cada comunidad; son sus gobernantes, pero no sus dueños ni propietarios, pues la grey cristiana pertenece al «Pastor supremo» (1 Petr 5,4). Los directores «velan por vuestras almas porque van a rendir cuentas» a Dios (Hb 13,17). Al mismo tiempo que directores son padres o «administradores de la casa de Dios». Las Pastorales conciben a la Iglesia y a cada iglesia como «una casa-familia de Dios» (1 Tim 3,15; 3,4; Tit 1,7).

17. διδακτικός (1 Tim 3,2), «instruido, enseñado» (2 Tim 2,2) y «capacitado para enseñar a otros», doble vertiente —pasiva y activa— de la misma acción verbal. Capacitación para enseñar más ampliamente expuesta en Tit 1,9, junto con la de argüir a los judaizantes, a los ritualistas y a los de vida no coherente con sus creencias (Tit 1,10-16). El texto y su contexto permite entrever la existencia de una *regula fidei* o *regula veritatis* (tecnicismos ya en el s. II). «La palabra» es «creible, digna de fe o de ser creida» precisamente porque «se adecua o conforma a la doctrina-enseñanza (κατὰ τὴν διδαχήν), o sea, a la enseñanza oficial de la Iglesia más o menos estereotipada en una es-

7. Justo y piadoso (religioso, santo)[18].

2.2. *Las cualidades de los directores son las llamadas «virtudes humanas»*

Resulta evidente que las cualidades exigidas a los miembros del colegio director de cada comunidad cristiana local no son virtudes específicamente sacerdotales ni clericales, y ni siquiera las

---

pecie de *regula fidei* o «símbolo de la fe» (Cfr. M. GUERRA, *Significados y notas específicas de «kanon» y «regula» en los documentos no cristianos y en los cristianos de los tres primeros siglos de la Iglesia*, TS 21 (1990) 2.2 y ss.; IDEM, *El obispo de Roma y...* 389 ss. La misma cualidad es exigida en *Did* 15, 1-2 SCS 248, 192-94, cfr. M. GUERRA, *El sacerdocio y el ministro de la Eucaristía...* 97 ss. También en 1 Thes 5, 13. En Éfeso el gobierno compete a todos los *presbýteroi* (1 Tim 5,17 a); pero no todos se dedican a la predicación y enseñanza o, tal vez en hendiadis, «... de la enseñanza de la doctrina» (1 Tim 5,17 b). Quizás esta diferenciación explique el desdoblamiento de «los pastores y doctores (maestros)» (Eph 4,11) a pesar de ser las mismas personas (no dos grupos) a juzgar por el artículo único, común, y en la misma ciudad (Éfeso).

18. El sintagma δίκαιος (transl. *díkaios*)- ὅσιος (Tit 1,8; HERMAS *Simil* 9,27,2 SC 53 bis, 346) (con o sin partícula copulativa), así como su enunciado abstracto δικαιοσύνη - ὁσιότης, es como una constante en la literatura tanto judía (Sap 9,3; 14,30; Deut 32,4; Ps 144,17; PHILO *Omn. prob* 83; *Abr* 208; *Virt* 47, etc.) y cristiana (Lc 1,75; Eph 4,24; 1 Thes 2,10; 1 Tim 6,11; 1 *Clem* 14,1; 45,3; 48,4; 62,2, etc., SC 167,122,174,178,200, etc.) —canónica o no— como no cristiana (PLAT *Euthryph* 12a; 14d; 15b; *Gorg* 507b: POLYB *Hist* 22,10,8; STOB 2,68,9, etc.). En varios textos son sinónimos, pues *díkaois* significa «justos, los bienaventurados, los santos» (Mat 1,19; 13,43, 49; 23,35, etc.). Pero se diferencian en su enunciado conjunto. Platón ofece su definición: «lo relacionado con los hombres (se llama) justo (*díkaia*) y lo con los dioses (la divinidad) santo (*hósia*)» (*Pol* 23,10). La virtud reguladora de las relaciones del hombre con la divinidad es «la piedad, la religiosidad (εὐσέβεια, ὁσιότης)». En griego se llama ὅσιος o εὐσεβής al hombre «religioso-santo, piadoso», al que cumple sus deberes para con la divinidad. En su sentido primario se reducía al comportamiento respetuoso con el orden establecido, que se basa en el respeto de la divinidad (cfr. W. FOERSTER, *Eusebeia in den Pastoralbriefe*, NTS 5 (1959) 213-18). Con otras palabras, lo que es la virtud de la «justicia» en las relaciones entre los hombres, lo es «la piedad, religiosidad» en las relaciones del hombre con Dios o, si se prefiere, la religión en su acepción subjetiva —«la religiosidad, piedad»— es una parte de la virtud de la justicia, la que consiste en dar a Dios lo que es de Dios, mientras que la *dikaiosyne*, o «justicia» sin más, en dar al hombre, al otro, lo que le corresponde.

cristianas, sobrenaturales. Son o pueden ser —en general— las cualidades propias de cualquier hombre honrado, cristiano o no, de cualquier edad y condición. Por eso he preferido llamarlas «cualidades» más que «virtudes».

Más aún, no ha faltado quien haya recogido de la literatura helenística, o sea, de los autores ligeramente anteriores y coetáneos de los primeros siglos cristianos, catálogos de cualidades en parte análogas a las de las listas de las Pastorales[19]. Puede admitirse que S. Pablo conociera al menos algunos de esos retratos éticos diseñados por la filosofía griega y por el judaismo helenista. Aun así, se equivoca quien exagere su relación, mucho más si la acentúa hasta atribuirla a una dependencia directa, que no tiene consistencia y que ciertamente —si existió— no fue tal ni servil, como puede comprobar quien lea los textos originales[20]. Desde el punto de vista terminológico la lista más similar o más coincidente es sin duda la de Onosandro: «Digo que el estratego debe ser elegido no de acuerdo con su linaje, como los sacerdotes[21], ni según su riqueza, como el gimnasiarco, sino σώφρονα, ἐγκρατῆ, νήπτην (-sobrio- en la bebida), λιτόν (frugal -en la comida-), διάπονον (infatigable), νοερόν (inteligente), ἀφιλάργυρον, μήτε νέον μήτε πρεσβύτερον (ni joven ni viejo), ἂν τύχῃ καὶ πατέρα παίδων (si así aconteciere, también —incluso— padre de hijos), ἱκανὸν λέγειν (capaz de leer), ἔνδοξον (famoso, glorioso)». De las 10 cualidades coinciden las designaciones de tres (las no traducidas). Onosandro

19. Por ej. A. VOGTLE, *Die Tügend und Lasterkataloge in N. Testament*, Münster 1936; M. DIBELIUS, *Die Pastoralbriefe*, Tübingen 1955, 117-18.

20. Se trata de las cualidades exigidas por Sócrates a un estratego (jefe militar) (XENOPH *Comment* 3,1-5), que pueden verse plasmadas en el retrato ideal de Ciro (XENOPH *Instit. Cyr* 1,6,26); las señaladas, a mediados del s.I d.C., por Onosandro cuando habla «de la elección de un estratego» (título del cap I) en su obra *De imperatoris officio* (p. 11, edic. Köchly, Leipzig 1860); las de los sacerdotes egipcios de primera categoría (en el estoico Queremonte del s.I d.C., texto conservado en PORPHYR *Abstin* 4,6); el ideal estoico del sabio (DIOG. LAERT 7,1; Zenon 116 ss.). Véase otra enumeración en PLVT *Ad principem ineruditum*; *An seniores res publica gerenda sit*; DIO CHRYSOST *Orat* 1,15-35; 3,40-41; ISOCR *Nicocl* 9-39; PS-LVCIAN *Saltat* 81-II 1; PHILO *Vita Mois* 1,152-54; 2,4, etc.

21. Como solía acontecer con los sacerdotes en las religiones étnico-políticas, cfr. M. GUERRA, *El sacerdocio femenino (en las religiones greco-romanas y en el cristianismo de los primeros siglos)*, Toledo 1987, 322 ss.

añade un breve comentario de cada cualidad[22]. En cambio, Spicq trata de demostrar el origen evangélico de las listas de cualidades de los directores en las Pastorales; las relaciona sobre todo con Lc 12,42-48[23].

Las condiciones requeridas en personas de autoridad son fundamentalmente idénticas. Los rasgos básicos, aun en círculos no concéntricos (por ej. el religioso, el militar, el administrativo) se asemejan bastante en ambientes saturados por los mismos principios religiosos y socio-culturales. A pesar de un numerador diverso, coinciden en el denominador común, a saber, en los números o cualidades de toda persona constituida en autoridad y dotada de gobierno o mando. Los planos son distintos; su relive y complementación posterior diferentes; pero convienen los trazos mínimos, básicos, los comunes a toda persona de gobierno.

Los primeros escritos cristianos, más particularmente las cartas pastorales, exigen a los directores de las comunidades cristianas ese *minimum* de cualidades humanas, naturales, básicas, que, completadas o vivificadas e impulsadas a una mayor excelsitud por la gracia bautismal y la sacramental del orden sagrado, infundida mediante la imposición de manos (1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6, etc.), capacitan para desempeñar adecuada y meritoriamente cualquier clase de ἐπισκοπή o «dirección» (1 Tim 3,1) ministerial, jerárquica, en

22. Por ej. «σώφρονα para que no se despreocupe de los mejores (de su obligación), seducido por los placeres naturales». Toma el término *sóphron* en su acepción más restringida, la alusiva a la «continencia» del placer probablemente sexual, y, por lo mismo, no coincide con el de las listas paulinas. Así ocurre con casi todas las restantes, también con las que a primera vista coincide el significado, por ej. νήπτην correspondiente semántico de «no πάροινος». ἔνδοξος parece corresponder a 1 Tim 3,7: «Es necesario también que tenga buen testimonio (buena reputación) de parte de los de fuera (los no cristianos) para que no caiga en descrédito y en las redes del diablo», o sea, con fines apologéticos y proselitistas, y además para que el propio interesado no retorne a la vida anterior a su conversión al verse socialmente desacreditado e incluso ultrajado por los paganos. En cambio Onosandro comenta: «Porque los soldados son reacios a obedecer a los sin fama, pues nadie soporta aceptar a un señor y jefe peor que él». Se limita a reseñar aplicaciones tan concretas a la condición y vida de un general en jefe del ejército que no coinciden con las de los directores de una comunidad cristiana.

23. Cfr. C. SPICQ, *L'origine évangelique des vertus épiscopales selon saint Paul*, «Revue Biblique» 53 (1946) 36-46.

la Iglesia así como para alcanzar la «santidad», incluida también en el catálogo de la carta a Tito. Si prescindimos de ésta y de la capacidad para desempeñar su ministerio evangelizador[24], se encuentran en el marco de las llamadas «virtudes humanas».

Al iniciar la lista anterior de cualidades o «virtudes humanas» he excluido de la misma la «santidad». Pero no es del todo exacto y acertado. Ya es sintomático hasta el mismo término empleado. En griego la santidad subjetiva o personal es designada por ὅσιος y ἁγνός; la objetiva, o sea, la condición sagrada de algo (lugares, tiempos, cosas, personas consagradas) por ἱερός. En cambio, los textos cristianos usan ἅγιος (transl. *hágios*) para designar al «santo», término que, en los documentos no cristianos, no se aplica a un hombre vivo ni designa la santidad individual o la de estado al mismo tiempo que se refiere a cosas y lugares sólo en raras ocasiones[25]. La carta a Tito usa ὅσιος, no ἅγιος. Por lo mismo y por todo el contexto, más que a la santidad en su proyección específicamente cristiana, se refiere a la religiosidad, al sentido religioso, connatural a cualquier hombre de cualquier tiempo y lugar. La especificidad de lo religioso, i.e. su no reductibilidad a ningún otro fenómeno humano, por ej. psicológico, estético, socioeconómico, y su connaturalidad o inherencia al hombre en cuanto ser humano son dos principios admitidos hoy por todos los fenomenólogos de la religión. Por ello el hombre puede y debe ser definido como animal racional, religioso; si ahoga el auténtico sentido religioso, es a lo más idólatra, no propiamente ateo[26]. Dada la *forma mentis*

24. Es específicamente cristiana la evangelización, lo evangelizado y la fe (Tit 1,9), pero el ser δυνατός o la «capacitación» para evangelizar es una «virtud humana» en cuanto supone unas cualidades físicas y mentales de dicción y exposición así como un cierto grado de formación doctrinal y, en un grado más perfecto, el aprendizaje y ejercicio de una cierta retórica. Basta recordar que S. Lucas y S. Pablo, etc., conocen las normas de la prosa rítmica o artística, vigentes en su tiempo, y que las aplican en sus escritos (Cfr. M. GUERRA, *El idioma del N.T.*, Burgos 1981, 368-74).

25. Cfr. J. CHR. BOLKESTEIN, ὅσιος, en εὐσεβής *Bijdrage tot godsdienstige en zedelijke terminologie van den Grieken*, Amsterdam-París 1936; A. J. FESTUGIERE, *La sainteté*, Paris 1943, 23 ss.; E. WILLIGER, *Hagios. Untersuchungen zur Terminologie des Heiligen in den hellenisch- hellenistischen Religionen*, Giesen 1922.

26. Cfr. M. GUERRA, *Historia de las religiones, II. Los grandes interrogantes*, Pamplona 1984, 77-110, 137-68.

del autor de las pastorales, que es radicalmente cristiana, ὅσιος puede significar aquí, además, la «santidad» en sentido cristiano aparte de su substrato general, común a todos los hombres. Por tanto, la santidad en cuanto «religiosidad» o «sentido religioso», connatural al ser humano, es también una «virtud humana», no específicamente sobrenatural. En cambio, el adverbio ὁσίως = «religiosamente, santamente» es como un eco nítido de la «piedad, santidad» cristiana de los directores de la comunidad corintia, quienes la tienen o la ejercen en «la oblación de los dones», o sea, de la Sda. Eucaristía[27].

Las «virtudes humanas», antes enumeradas, pueden considerarse como integrantes de un sistema planetario ético-moral o, con terminología escolástica, partes integrantes, subjetivas o potenciales de los correspondientes soles, que serían las virtudes cardinales. En el ideario nuevo de vida, surgido en los círculos filosóficos helénicos durante los siglos de esplendor de Atenas, quedó definitivamente configurado el canon clásico de las virtudes morales «cardinales» o «quiciales» del hombre occidental, aceptadas en cuanto tales por el cristianismo, aunque en este caso no se trata simplemente de virtudes adquiridas, sino sobrenaturales, informadas por la fe y la gracia. Se trata de la «prudencia (φρόνησις, σωφροσύνη), justicia (δικαιοσύνη), fortaleza (ἀνδρεία) y templanza (σωφροσύνη)» según las enuncian ya Platón[28] y Aristóteles (a.384-322 a.C.)[29]. Las «virtudes humanas» de las dos listas de las Pastorales giran en torno de una de estas virtudes cardinales.

2.3. *Las virtudes teologales y los directores de las primeras comunidades cristianas*

El objeto material de las virtudes teologales es Dios mismo, el Dios Uno y Trino, y alguno de sus atributos su objeto formal o punto de mira diferenciador de las tres virtudes teologales: fe,

27. 1 *Clem* 44,4 SC 167,172; cfr. M. GUERRA, *El sacerdocio y el ministro de la...* 104-107.

28. *Resp* 306 ss.; 427 ss.; *Symp* 196 b; *Leg* 631 b. Vivió en los a. 420-348 a.C.

29. *Rhet* 1366 a y ss.

esperanza y caridad, que son las específicamente cristianas. Son virtudes estrictamente sobrenaturales e infusas o infundidas en el alma de todo bautizado, principios operativos que ordenan al hombre directa e inmediatamente a su fin último sobrenatural: la contemplación dichosa de la Trinidad beatísima, no a los medios conducentes a ese fin como ocurre con las virtudes morales.

Los primeros escritos cristianos apenas usan las designaciones características de las tres virtudes teologales, πίστις, ἐλπίς, ἀγάπη, cuando hablan de los miembros del colegio director de cada comunidad cristiana a no ser la primera y básica: la «fe», la cual incluso es propuesta como «modelo que debe ser imitado» (Hebr 13,7). Pero en otros pasajes las suponen, por ejemplo al exigirles una adhesión «firme y perseverante» a la doctrina revelada, tradicional en la Iglesia, así como exponer «la sana doctrina» y refutar a quienes la contradigan. El participio ἀντεχόμενος expresa ciertamente la fe subjetiva (con la esperanza) (*fides qua creditur*) o «fe por la que se cree», o sea, la adhesión a «la palabra digna de ser creída (πιστοῦ λόγου)», i.e. la fe objetiva (*fides quae creditur* o «fe creída») (Tit 1,8). La caridad parece latir en su espíritu acogedor, hospitalario, amigo del bien en todas sus manifestaciones.

A la hora de escoger a los directores de las comunidades cristianas entre personas poco hace convertidas S. Pablo se fija sobre todo en sus «virtudes humanas», que son como el substrato necesario para que enraicen las sobrenaturales y, además, más fáciles de diagnosticar respecto de su existencia. En cambio, las virtudes teologales figuran, en lugar destacado, cuando las Pastorales hablan de la cabeza del colegio director, de Timoteo en Éfeso, pues le aconseja que «se entrene», se ejercite sin descanso como «los gimnastas, los atletas» en «la piedad» y en las virtudes teologales: «la fe, la esperanza en el Dios vivo y salvador..., en la caridad» así como en las morales: «castidad, fortaleza, vigilancia» ascética y, sobre todo, en el desempeño de su ministerio, especialmente en su vertiente evangelizadora, de manera que «no descuides el don que hay en ti, dado mediante la palabra profética con la imposición de manos...». Así «te salvarás a tí mismo y a tus oyentes» (1 Tim 4,7-16). En otro pasaje le manda que ponga empeño en la prosecución de «la fe» y de «la caridad» con el cortejo de frutos y virtudes morales: «la paz, la dulzura, la humildad...» (2 Tim 2,22-24).

2.4. *La «monacalización» de las virtudes de los directores de las comunidades cristianas*

Los directores de las comunidades cristianas no salen del mundo, no ejercen su ministerio separados de las gentes, ni se retiran al desierto. Su «espiritualidad» o su «estilo de vida», marcado por sus virtudes específicas, no está caracterizada por la «huída del mundo» ni participa de las virtualidades santificadoras del *contemptus mundi vel saeculi*, que es lo específico de los «anacoretas» o «retirados» del mundo, de las actividades seculares (de acuerdo con la etimología de la palabra griega, de la cual se deriva), y de los «monjes», término que en su sentido etimológico, también griego, significa «los solitarios». Por eso, la mayoría de las cualidades de los directores están marcadas por su índole y orientación social, por ej. «la hospitalidad, el espíritu acogedor, la prudencia, dotes de gobierno, capacidad para evangelizar, justicia en su relación con los hombres, dignidad en el porte externo, prestigio ante los no cristianos», centro o agente de la unidad intraeclesial. Son «virtudes humanas», que dicen relación a los otros, a los demás, tanto cristianos como no cristianos, con los cuales conviven o a los que tratan.

Por eso, la espiritualidad de los directores de las comunidades cristianas —metidos en «el siglo»— no está marcada por los llamados «consejos evangélicos», a saber, las tres virtudes: «pobreza, castidad y obediencia», resaltadas mediante el voto correspondiente. Estas caracterizan a los monjes, a los religiosos/as (sean sacerdotes o no) de acuerdo con su carisma fundacional. Específicas de los directores de las comunidades cristianas son las «virtudes humanas», las ya consignadas y las no directamente explicitadas en las listas de los primeros siglos, pero resaltadas en nuestro tiempo, por ej. la amistad, la creatividad (apostólica), la alegría sin olvidar la pobreza, la castidad y la obediencia —en cuanto virtudes, al margen de su condición de voto—. De estas tres, en los catálogos primeros, están mencionadas sobre todo «el espíritu de pobreza» y la «castidad», adecuada a la condición casada de la mayoría de los directores de las primeras comunidades cristianas.

Los primeros protagonistas de la *fuga mundi*, por ej. S. Antonio Abad, S. Pacomio, no eran sacerdotes. Más aún, solían rehuir la recepción de las órdenes sagradas. El monaquismo nació

ciertamente laical a finales del s.III, aunque muy pronto contó con clérigos. Con el tiempo, en las órdenes religiosas posteriores, especialmente a partir de S. Benito (s. V-VI) y de sus benedictinos, se impuso el sacerdocio de la mayoría de los monjes, si bien casi siempre hubo y hay «laicos», o no clérigos ni sacerdotes, en castellano «legos», término derivado de *laicus*[30]. Un concepto monacal, o el influjo de la espiritualidad de los monjes y religiosos, ha contribuido, entre otras causas, a que a veces se haya considerado el ejercicio del ministerio sacerdotal en medio del mundo como un obstáculo para la santificación de los sacerdotes así como a la extensión de los consejos evangélicos a los sacerdotes seculares, directores de las comunidades cristianas. Esto ocurre en la medida en que se destacan las tres virtudes correspondientes: pobreza, castidad y obediencia como si fueran las específicas o definitorias de la espiritualidad sacerdotal y se silencian o se dejan en la penumbra las restantes «virtudes humanas» y las teologales. Parece como si tuvieran tanta fuerza esas tres virtudes que no contaran todas las restantes evangélicas, propuestas por el Señor, y varias de ellas «impuestas», o sea, no meros consejos, sino mandatos, por ej. la corrección fraterna. Y no vale decir que el Señor las propone e impone a todos los cristianos, pues también a todos exige la pobreza, etc. El proceso de «monacalización» de las virtudes sacerdotales y su vigencia ha ocurrido durante no pocos siglos, e incluso en nuestros días[31] se conserva como por inercia, al menos cuando se estructura la espiritualidad sacerdotal, en gran medida, sobre los tres «consejos evangélicos» en lugar de hacerlo sobre las «virtudes evangélicas».

Sería interesante estudiar las virtudes exigidas a los sacerdotes en la Patrística. Los SS. Padres no se contentan con exhortar de manera general a los sacerdotes a la santidad; concretan las virtudes que deben cultivar con especial esmero. Más aún, no pocas ve-

30. Cfr. M. GUERRA, *El laicado...* 55-59, 142-43, etc.

31. Por ej. L. TRUJILLO, *Relaciones propias del presbítero y su espiritualidad* en *Espiritualidad sacerdotal.* Congreso. Comisión Episcopal del Clero, Madrid 1989, 155-58; también en la pregunta segunda del cuestionario para el trabajo de grupos en la ponencia *Espiritualidad del seguimiento según el modelo apostólico* de Marcelino Legido. Aunque no se han publicado los «cuestionarios...», se intuye algo por las respuestas recogidas, en parte, en pp. 574-75 de la obra citada.

ces elaboran también su «listas-catálogos de virtudes sacerdotales[32]». Una de las primeras (mediados del s. III), quizás la primera, es la de S. Cipriano (*Epist* 76,3): «sentido religioso (*religio*), fe, coherencia de la vida-obras con la fe y mandatos-voluntad de Dios, caridad-fraternidad, sencillez-sinceridad, humildad, diligencia en la administración, solicitud en ayudar a los afligidos, misericordia con los pobres, constancia en la defensa de la verdad, austeridad en la disciplina...». Como se ve, predomina la alteridad y no hay huella de la *fuga* o *contemptus mundi*.

2.5. *Los directores de las comunidades cristianas, «modelo» y «molde» de su grey, se santifican en y por su ministerio sacerdotal*

La elección de alguien para el puesto de director de una comunidad cristiana y su ordenación aúna una doble vertiente, a saber, la visible[33] y la invisible, especie de espíritu vivificador de lo somático, ritual, o sea, el influjo divino, la acción del E. Santo[34]. Se tranforma así el elegido en Cristo, «Cabeza y Pastor». Lo que Cristo, en cuanto Cabeza de su Cuerpo Místico (comparación paulina) y Pastor de la grey (comparación evangélica), es por naturaleza lo son sus ministros por participación en la misma medida en que estén «conformados» a Él, su «modelo-molde»[35].

La alteridad, ese ser para, con y en «el Otro» (*alter* en latín), está enraizada en el ser mismo del director de las comunidades cristianas. Pues dice relación esencial a Jesucristo, al obispo y también a la grey encomendada a su cuidado pastoral. La dimensión social de las «virtudes humanas», exigidas a los miembros del colegio director de cada comunidad cristiana particular, refleja esta última proyección de su alteridad o de su ministerialidad. El ministerio pastoral, más que una vertiente del apostolado, es como el

32. Puede verse la cita de algunas en I. OÑATIBIA, *Espiritualidad sacerdotal en los SS. Padres*, en *Espiritualidad sacerdotal. Congreso...* 328.

33. Su designación, la imposición de manos, etc., Act 14,23; 1 Tim 5,22, etc.

34. Act 20,27; 13,1-3; cfr. M. GUERRA, *El sacerdocio, obra de la «dignatio diuina» y del E. Santo...*, TS 17 (1983) 27 ss.

35. Cfr. el alcance de Cristo «modelo» y «molde» en M. GUERRA, *La «conformación con Jesucristo, nota...* 613 ss.

núcleo, constitutivo esencial de su misión, y centro del cual irradian los restantes ministerios. No es este el momento de exponer las distintas vertientes ministeriales del sacerdocio cristiano, a saber, el ministerio oracional, el de la palabra o evangelización, el cúltico-sacramental, el económico-caritativo o asistencial y el coercitivo-penal, por destacar los que figuran en los primeros escritos cristianos, canónicos o no[36].

El sacerdote secular no se santifica a pesar de su ministerio y gracias a la vida de recogimiento, de piedad privada, etc., —especie de monacato— ni de los llamados consejos evangélicos —específicos de los religiosos/as—. Puede y debe santificarse en y desde su ministerio pastoral, que es como su trabajo profesional. Pero el sacerdocio ministerial es como una variación acentuada de la alteridad humana, traspuesta a un plano superior, sobrenatural, ya que es esencialmente «para el otro», está «al servicio del» sacerdocio bautismal. Con otras palabras, su razón de ser consiste en hacer posible y promover la realización del sacerdocio común en todos los bautizados, auténtico culto cristiano por medio del cual toda la existencia del bautizado se transforma y convierte en ofrenda agradable a Dios y beneficiosa para sus hijos, los hombres, a imitación de la obediencia existencial del Señor. De ahí el principio de la epístola a los hebreos, según el cual el sacerdote, también el Sumo Sacerdote, *pro* (en favor de) *hominibus constituitur*, de entre los cuales ha sido sacado o escogido (Hebr 5,1). El sacerdote, o mejor Cristo en el sacerdote, realiza ésto incluso en acciones que agravan su situación de desamor y desunión respecto de Dios Uno y Trino, que es Amor (1 Jo 2,8,16), por ejemplo, la celebración eucarística y la administración de los sacramentos por un sacerdote en pecado grave, actos sacrílegos para el mismo sacerdote, pero eficaces para los demás. Los sacerdotes se santifican en y por su ministerio sacerdotal, pero no son «sacerdotes, pastores» de sí mismos en no pocos aspectos, por ej. un sacerdote no puede perdonarse sacramentalmente sus propios pecados[37].

---

36. Ya lo he hecho en otro estudio, cfr. M. GUERRA, *Ministerios de los directores...* 35-42, 56-59, 73-76, etc.

37. Cfr. M. GUERRA, *Notas definitorias del sacerdocio bautismal, del ministerial y del mariano*, «Scripta de Maria» (1990) 4 y 6.4 de inmediata aparición.

Los primeros escritos cristianos afirman, a veces, que, por medio del ejercicio de su ministerio, el ministro «se salvará a sí mismo y a sus oyentes», a su grey (1 Tim 4,15-16), o sea, que el ministerio es santificador tanto del pastor de la iglesia particular, local, como de su grey. Pero, de ordinario, los presentan actuando, desempeñando sus funciones ministeriales; es otra manera de decir que se santifican en la realización de sus tareas pastorales. Este es, además, el modo normal de decirlo cuando no se elabora un tratado monográfico sobre un tema determinado. Y es sabido que los primeros escritos cristianos son ocasionales, nunca tratados sistemáticos. Estos mismos escritos cristianos insisten una y otra vez en su función «ministerial» o «de servicio» de la grey cristiana. Y no sólo deben atenderla, pastorearla, con actos ministeriales concretos, sino con su vida misma, con todo su ser, con su capacidad modélica o ejemplar y modeladora de los demás. Precisamente S. Pedro aconseja a los miembros del colegio director de cada comunidad local, y todos sus consejos se reducen a uno, a saber, la solicitud o ministerialidad pastoral: «Pastoread el rebaño de Dios en vosotros (i.e. que se os ha confiado)[38]». Tras haber enunciado cómo no deben proceder, S. Pedro resalta qué deben hacer, o sea, formula la norma áurea de su comportamiento y estilo de vida sacerdotal: «Haciéndose modelos-moldes de la grey[39]». Este mismo término es usado cuando S. Pablo invita a los miembros de las iglesias fundadas por él (incluidos sus directores: *epískopoi*, Phil 1,1; *proistámenoi* 1 Thes 5,12) a que lo imiten[40]. Pero evidentemente la grey debe imitar a sus pastores o directores en tanto en cuanto ellos son como una «copia» y «reproducción» de Cristo, en la medida en que han sido «remodelados» en el «molde» que es Cristo: «Sed imitadores (gr. μιμητής, transl. *mimetés*) míos como también yo (lo soy) de Cristo[41]». Unicamente son imitables los rasgos de Cristo reproducidos en el Apóstol como en un espejo perfectamente azogado y limpio.

---

38. 1 Petr 5,2a. Coincide, hasta en las palabras, con la recomendación paulina a los *presbyteroi* de Éfeso (Act 20,28).

39. 1 Petr 5,3. τύποι (transl *týpoi*) en el original griego, *forma* en la Vulgata, *formae* (plural como en gr.) en la Neovulgata.

40. Phil 3,17; 2 Thes 3,9.

41. 1 Cor 4,16; 11,1; 1 Thes 1,5.

Operari sequitur esse afirma un principio de filosofía sobre todo escolástica, y es verdad. El «ser» y el «obrar» son términos y realidades correlativos como el manantial y el arroyo que fluye del mismo: mutuamente se evocan y complementan, aunque el origen fontal esté en el ser. El sacerdote se santifica siendo sacerdote, y su sacerdocio se manifiesta en sus obras, en su ministerio pastoral. Por eso, al revés, la crisis de un sacerdote en el *operari* puede y suele —o al menos tiende— a extenderse al *esse*; hay contagio como desde fuera hacia dentro. Las crisis sacerdotales suelen comenzar por cuestionarse: «¿Para qué sirve lo que yo hago?» al ver la indiferencia del neopaganismo actual ante lo divino, ante los valores del ministerio sacerdotal. Si esta pregunta y crisis no recibe la adecuada respuesta por elevación, o sea, por una entrega y santidad mayor, se pasa a cuestionarse el «ser» sacerdotal. Del «¿Para qué hacer lo que hago (ministerio sacerdotal en sus vertientes pastorales)?» se pasa al «¿Para qué ser lo que soy (sacerdote)?». Se mete así en un callejón sin salida o, mejor, que no tiene más que una salida auténtica, a saber, el desandar el camino andado en descamino. Con otras palabras dilemáticas, o la solución por elevación —hacia arriba— o la salida sin salida de la «secularización», del ser *ut laicus* de acuerdo con la fórmula de los primeros siglos cristianos[42], o sea, el dejar de actuar como sacerdote, la relegación al estado laical y tal vez la pérdida de la fe.

Týpos significa ciertamente «modelo» cuando se usa en un contexto de «imitación». Pero *mimetés* = «imitador» en griego significa también «actor», el que «representa» o «hace presente de nuevo» a un personaje de la tragedia o de la comedia. Nos topamos así con la *repraesentatio* como definitoria de los directores de las comunidades cristianas, de los sacerdotes, de su misión específica, la de hacer presente a Cristo Cabeza y Pastor. Esta «representación» de Jesucristo tiene lugar en la medida de su «conformación» e identificación con Cristo. Por tanto, *týpos*, además de la mera imitación de un «modelo» como desde fuera, significa o puede significar una realidad mucho más honda, la de diluirse y dejarse remodelar en un «molde», que es Jesucristo en este caso. Hay una participación de Jesucristo en cuanto «modelo» y «molde» ori-

42. Cfr. M. GUERRA, *El laicado...* 39-44.

ginario, antonomásico, por parte de quienes, a su vez, son también «modelos» y «moldes» de los simples cristianos, de la «grey» a ellos encomendada.

En el término *týpos* subyace una metáfora, trasladada del proceso de acuñación de las monedas en la antigüedad, proceso que ahora se entiende mejor por medio de la «tipografía» —palabra derivada de *týpos* en cuanto a su primer componente y significativa de la «escritura impresa». Jesucristo es como la matriz con las letras huecas —hacia dentro— de bronce. Conforme a ese «modelo» y «molde» en vacío se «forman» de plomo las letras en relieve —hacia fuera— que luego imprimen en el papel. Estas corresponden a los ministros: *týpoi, formae*, de su grey. Cada ministro, si de veras está troquelado en Cristo y «con-formado» a Él, marcará la figura de Cristo como cada letra imprimirá siempre la figura de la letra respectiva a no ser que se haya «de-formado» y ya no reproduzca con fidelidad el molde-modelo de la matriz o de Cristo. Por eso, los ministros, «pastores» de las comunidades cristianas, si realmente son «molde-modelo» de su «grey», «recibirán la corona inmarcesible de la gloria cuando aparezca el supremo Pastor» (1 Petr 5,4). Esto supone que se someterán a una *dokimasía* o juicio valorativo del desempeño de su ministerio según lo explicita Hebr 13,17. Han de someterse a la prueba de confrontarse con el Molde y Modelo originario a fin de comprobar el grado de conformación de su ministerio pastoral con el «Pastor supremo» (1 Petr 5,4), Jesucristo.